

EL REGALO DE LA NATURALEZA



Elena Santiago



Capítulo 1

En la región sur de cierto país no muy lejano, había un conocido empresario que poseía varias fábricas que, más que generar, lo que hacían era destruir. En ellas se trataban con diversas sustancias químicas que servían de base para elaborar variados productos: desde abonos y pesticidas, pasando por detergentes, y llegando hasta cosméticos. Todo esto le proporcionaba unas cantidades ingentes de dinero. De esta manera, había podido hacerse una buena fortuna, con la que había adquirido un nivel social bastante alto. Era tanto el agradecimiento que le tenía a la vida por su riqueza, que en pago por ello, dejaba que sus fábricas se deshicieran libremente de todos los gases venenosos que producían, y que vertieran en abundancia todos sus deshechos al mar.

De joven conoció a una modelo con la que se casó y más tarde tuvieron una hija a la que adoraban y a quien no se le negó nada. La niña se crió entre sedas y plumas, con la mejor ropa, y todos los caprichos que pudieran antojársele. Diana (así se llamaba nuestra protagonista) creció siendo una niña consentida y orgullosa. Estudió en el mejor colegio de la ciudad, en el que obtuvo excelentes calificaciones, y enseguida se decidió por hacer la carrera de derecho.

Por fin empezó la universidad. Diana se sentía cada día más importante e imponente. Ella de por sí era una joven de gran belleza física, pero a esto se añadía que vestía ropas elegantes, de marca y que todas las semanas iba a la peluquería. Poco después de empezar, se vio rodeada de chicas y chicos de condición social parecida a la suya e, incluso de entre éstos últimos, había alguno que guardaba esperanzas de conquistarla.

Por aquellos días, su padre estaba teniendo algunos inconvenientes con una organización ecologista. Se le había denunciado, pero él consiguió hacer que se camuflaran los vertidos de sus fábricas, y por otro lado tenía buenos abogados que lograban que la armonía de su vida no se viese perturbada...

Cierto día, Diana fue al despacho de su padre. Su secretaria la atendió.

-¡Señorita Diana! ¡Cuanto tiempo sin verla por aquí! ¿Cómo está?-

-¡Bien! Quiero ver a mi padre.- contestó ella con sequedad.

-Lo siento mucho ahora está ocupado. Por favor, siéntese si quiere esperarlo.-

-Tengo mucha prisa. Avísale que estoy aquí y que tengo que verle.-

-Bueno, no creo que tarde...-

-De todas maneras, dile que estoy aquí-

-Ya, pero es que me ha dicho que no le interrumpiera, a no ser que fuera urgente...-

-¡Esto es urgente! ¿Quieres avisarle de una vez, o tendré que hacerlo yo?-

La secretaria suspiró y por fin se comunicó con su jefe a través del teléfono interior.

-Su padre me ha dicho que ya termina, que puede esperarlo un momento.-

Diana dio un resoplido

-Está bien.-contestó.

-¿Quiere que le traiga algo para tomar?-' se ofreció amablemente la secretaria.

-Euh..., sí. Tráeme un zumo de pomelo.-

-Bien, voy un momento a cafetería.-

Diana se quedó allí sola esperando. Se puso a mirar por la ventana. Hacía un buen día. En el cielo se veían algunas nubes blancas que hacían diferentes formas recordando a animales o caras.

Enseguida escuchó pasos que se acercaban y se volvió creyendo que ya le traían el zumo. Pero no era la secretaria. Eran dos hombres. Uno de ellos debía tener unos 30 años y el otro era algo mayor que ella. No iban vestidos con traje, como solían hacer las personas que visitaban a su padre. Mientras se acercaban, ella los miraba curiosa por saber a que vendría “esa gente”.

-Buenas tardes- dijeron los dos.

-Buenas tardes- contestó ella.

-Por favor, -dijo el mayor- queremos ver al señor González. Somos de la organización “Lucha por la Naturaleza”.-

Diana los miró con prepotencia.

-Y a mí ¿qué me importa?- contestó ella.

Los dos jóvenes se quedaron asombrados.

-Bueno,- respondió, el mismo- nos gustaría que le dijera a su jefe que estamos aquí y que queremos hablar con él.-

-Pues da la casualidad de que él no es mi jefe, y de que no pienso decirle nada de eso. ¿Que os habéis creído, que yo soy su secretaria, o qué?-

-Pues sí,- contestó él- la verdad es que sí. Perdona. Entonces ¿sabes dónde está la secretaria?

-

Diana dio un resoplido de fastidio.

-Ha ido a buscarme un zumo de pomelo.-

-¡Ah, bueno! Disculpa. Esperaremos a que regrese.-

Mientras tanto, el otro joven no había dejado de observar atentamente a Diana y parecía estar divirtiéndose con las manifestaciones de ella. La muchacha se dio cuenta de esto y empezó a sentirse incómoda. Se dirigió de nuevo a la ventana y se puso a mirar la calle, pero en realidad no veía nada. Más bien, estaba pensativa, preguntándose si el joven seguiría mirándola.

La secretaria no tardó, y al mismo tiempo, se abrió la puerta del despacho de su padre. Por ella aparecieron él y otro hombre, dándose un apretón de manos. El hombre se marchó, y el padre de Diana miró a los que allí había. Puso cara de fastidio al ver a los dos jóvenes, pero Diana se adelantó y le dijo:

-Papá, tengo que hablar contigo-

-Claro, Diana. -contestó él. Y dirigiéndose a los dos ecologistas- Y ustedes, ¿qué quieren? Ya saben que cualquier cosa tienen que hablarla con mis abogados.-

-Queremos hablar personalmente con usted.-

-Lo siento pero no tengo tiempo. Hablen con mis abogados. Ya se lo dije al cabecilla de su grupo...-

-Lo sabemos, pero nos gustaría hacerle unas propuestas que...-

-Hablen con mis abogados-

-No es con ellos que queremos hablar, es...-

-¿Es que sois sordos?- intervino Diana, con fiereza. -Mi padre os ha dicho bien claro que no tiene tiempo para hablar con vosotros. Lo que sea, habladlo con los abogados-

-Muy bien- contestó el más joven - Luego no nos venga con que no le advertimos...-

-Señores, váyanse con su lucha a otra parte. Tengo cosas más importantes que hacer.- terminó diciendo el empresario, y dicho esto se metió en su despacho con su hija.

-Papá, ¿qué quieren esos hombres? - le preguntó Diana.

-¡Bah! No hay que prestarles atención. Son gente envidiosa de nuestra suerte. No son nada más que gente reaccionaria, que se revelan contra el progreso. Que les gustaría vivir en las cavernas. Con ideales muy bonitos, pero puras fantasías. Vivimos en un país civilizado con una buena calidad de vida, y ellos están en contra de eso.-

Estas explicaciones y otras son las que el empresario le ofrecía a su hija. Ella, aunque ingenuamente se pensaba que sabía muchas cosas de la vida, estaba muy lejos de conocerla realmente, y en su ignorancia, aceptaba como absolutas las versiones que le ofrecía su padre.

Sin embargo, de toda aquella situación, había algo... o más bien alguien que no dejaba de rondarle en la cabeza...

Capítulo 2

Al día siguiente, Diana convocó a su grupo de amigos y amigas en la cafetería de la facultad, para decirles algo.

-Bueno, chicos, os he reunido a todos porque quiero invitaros a una fiesta que voy a hacer en mi casa el sábado por la tarde. Estáis todos invitados.-

Todos expresaron su aprobación y alegría. La mayoría de ellos tenían curiosidad por conocer la mansión en la que vivía Diana.

-Pero ¿qué celebramos?- preguntó una de las chicas.

-Nada. Simplemente me apetecía. Ya hace dos semanas y algo que empezamos las clases, y además de estudiar, también tenemos derecho a divertirnos.-

Todos asintieron y empezaron a planear que era lo que iban a hacer en la fiesta. Diana se sentía muy importante, y sabía que ser la anfitriona de una fiesta le daría mucha popularidad entre sus amigos. Mientras los demás hablaban, ella estaba callada, escuchándolos, satisfecha de sí misma. Luego dio un suspiro, se sonrió, y echó un vistazo alrededor de ella por toda la cafetería, sintiéndose el centro de todo.

De repente, se quedó quieta, la respiración se le cortó, y el corazón le empezó a latir mucho más rápido. Su mirada se quedó como petrificada en dirección a la puerta. De hecho, todo lo que había a su alrededor parecía haber dejado de existir... En aquel momento, acababa de entrar a la cafetería, el más joven de los ecologistas que habían estado en el despacho de su padre el día anterior...

Él también la vio enseguida, y la miró fijamente durante unos diez segundos, hasta que ella retiró la mirada y fingió meterse de nuevo en la conversación de sus amigos. El joven iba con dos compañeros y se dirigieron a la única mesa que quedaba libre y que estaba justo al lado de la que ocupaban Diana y su grupo.

-Diana, -le preguntó una chica- tus padres no estarán, ¿verdad?-

-¿Qué?- dijo ella distraída- ¡ah, mis padres! Sí, si estarán. Pero no os preocupéis. La casa es muy grande y no nos molestarán.-

-Tengo ganas de ver tu mansión por dentro. Desde fuera se ve enorme- dijo otra de las chicas.

-¿Tenéis piscina?- preguntó la primera.

-Por supuesto que sí- contestó fieramente Diana- ¡Qué preguntas más tontas! Tenemos dos piscinas. Una de invierno y otra de verano.-

-¿También tenéis gimnasio?- inquirió uno de los chicos.

Diana suspiró e hizo un gesto de impaciencia.

-Síii. Y sauna, y una biblioteca, y un mini-campo de golf. Es normal, en gente de nuestro nivel. - dijo con autosuficiencia.

Sus amigos la miraron, unos con envidia, y otros con admiración, pero nadie dijo nada. Sin embargo, Diana pudo escuchar en la mesa contigua, un comentario en voz no demasiado alta:

-No puede ser más tonta, la típica niña de papá.-

Ella se tensó completamente, y miró hacia el lugar de donde provenía la voz. Reconoció que había sido "él" quien había hablado. Los tres jóvenes la miraban con una sonrisa burlona. Ella sintió como el fuego de la ira la consumía, y miró a su grupo de amigos. Extrañamente, ellos no parecían haber escuchado el comentario pues seguían sumergidos en la conversación acerca de la fiesta. Esto bloqueó un poco a Diana que no sabía qué hacer o decir. Sin embargo, no se quedó tranquila. Intentó aparentarlo, pero en su interior hervía de rabia. Por fin no pudo más, se levantó y se acercó a la otra mesa, y se dirigió al joven con altanería:

-¿Quién dices que es tonta?-

Él se quedó sorprendido, pero no tardó en responder con una sonrisa burlona.

-Tú-

Diana no esperaba que se lo iba a decir en su cara, y esta vez la sorprendida fue ella. Iba a contestarle, pero vio los ojos azules del muchacho que se clavaban en sus ojos, y fue incapaz de

articular palabra alguna. No sabiendo que hacer, se marchó corriendo, dejando allí a sus amigos algo sorprendidos.

Llegó hasta el pequeño jardín de la facultad, y se sentó en un banco. Se dijo: “¿Qué me pasa? ¿Por qué no he sido capaz de responderle? ... Hasta ahora, nadie ha podido callarme, pero él... No, no puede ser. He hecho el ridículo delante de mis amigos. Él no se va a quedar por encima de mí... Sí, se va a enterar de quién soy yo... si le vuelvo a ver, claro”. Y dio un suspiro.

Más tarde en clase, algunas de las chicas le preguntaron que le había pasado. Diana dijo que se había sentido un poco mal, pero que ya estaba mejor. Y ahí se quedó todo.

Capítulo 3

Al día siguiente, Diana estaba muy atenta, para ver si se topaba de nuevo con el joven. No sabía si había estado allí por casualidad, o tal vez fuera un estudiante. En la facultad había muchísimos alumnos, y era bastante lógico que no lo hubiera visto antes. Ella deseaba encontrarlo de nuevo... por supuesto para enfrentarse con él... al menos, eso era lo que se decía a sí misma... Pero no hubo suerte. No lo vio ni en la cafetería, ni en la biblioteca, ni por los pasillos...

Por la tarde regresó a su casa algo decaída. A la hora de la cena, no tenía mucha hambre y apenas comió. Pero no era la única que se encontraba mal. Notó que su padre estaba malhumorado. Su madre le preguntó que le ocurría.

-¡Bah!- contestó él - Son esos dichosos ecologistas, que se han empeñado en fastidiarme el día.

Diana sintió que se le aceleraba el corazón.

-¿Qué... qué te han hecho papá?- preguntó.

-Nada que tenga que preocuparte.- dijo él - Mis abogados se van a encargar de ellos.-

-¿Pero que han hecho?-insistió Diana.

-No te preocupes por eso. No tienen nada que hacer conmigo. Yo soy más poderoso que ellos. Son pequeños contratiempos, nada más... Y vamos a dejarlo ya que no quiero hablar más del asunto.-

Diana se quedó pensando... Estaba claro que iban en contra de su padre. Y además... “ese joven” también la había insultado a ella... Tenía que demostrarle, al igual que su padre, que ella era más poderosa y... “él”... tendría que humillarse ante ella...

Al día siguiente tampoco lo vio y al otro tampoco. Luego vino el fin de semana. La fiesta se celebró, pero ella apenas se divirtió. Le daba igual ser admirada por sus amigos. De hecho, éstos notaron que estaba algo ausente, pero lo achacaron a una extravagancia de su rica amiga...

El lunes tampoco logró dar con él. El martes amaneció lluvioso, como si le acompañara en su sentimiento... ¡Había deseado tanto encontrarse de nuevo con él...! Claro que sólo era para ajustarle las cuentas...Pero tenía necesidad de verlo... Sin embargo, estaba empezando a perder la esperanza. Seguramente, él no estudiaba en la facultad. Sólo había estado allí de paso, por alguna razón.

No tenía ganas de desayunar, y salió pronto. La primera clase se le hizo interminable. No lograba concentrarse, y empezó a encontrarse mal. Llevaba varios días comiendo muy poco, incluso saltándose algunas comidas. Se sintió un poco mareada, y nada más terminar la clase decidió irse a la cafetería para tomarse algo.

En el pasillo anterior al que conducía a la cafetería, le empezó a venirle una especie de desvanecimiento. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos, mientras emitía un pequeño gemido. Entonces sintió que alguien la sujetaba y le decía:

-¿Te sientes mal?-

Ella abrió los ojos y reconoció aquellos ojos azules y a su propietario... Por fin lo había encontrado... Entonces se desmayó.

Capítulo 4

Cuando se despertó vio que el joven la había cogido, y la había acercado hasta un banco que se encontraba no lejos de allí, y la había tumbado. Él la miraba preocupado.

-¿Qué ha pasado?- preguntó ella.

-Te has desmayado. No he querido dejarte sola, pero ahora, si quieres, espérate aquí e iré a buscar a la enfermera.-

-No. No hace falta.- contestó Diana, incorporándose- Ya me siento mejor. Es sólo que no he desayunado, y anoche tampoco cené. Ahora me dirigía a la cafetería para tomar algo.-

Intentó levantarse pero le temblaban un poco las piernas.

-En ese caso, te acompaño. No quiero que vuelvas a desmayarte.- le dijo él, con dulzura.

Ella lo miró y descubrió en su rostro un gesto de verdadero interés. La joven se sintió agradecida en su interior.

-Bueno- consintió.

En la cafetería, no había nadie, excepto el camarero. Se suponía que todo el mundo estaba en clase. El joven la acompañó hasta una mesa y le preguntó que iba a tomar. Ella pidió un chocolate y un vaso de agua. Poco después, él le traía su pedido, y también un dulce.

-Sólo quería un chocolate...-comenzó ella a decir.

-Tienes que comer. Yo te invité.-

Diana se bebió el vaso de agua y luego le dijo:

-Vas a perderte la clase por mi culpa-

-No me importa- contestó él.

Ella siguió tomándose el chocolate.

-Tal vez expliquen algo importante... y no quisiera que por mí...-insistió la joven.

-De verdad que no me importa- contestó él -Quiero estar seguro de que estás bien... ahora que te he vuelto a encontrar.- hizo una pausa - ¿Sabes que estaba deseando volver a verte?-

Diana sintió secretamente un dulce alegría, pero quiso disimularla.

-¿A mí? ¿Y para qué? ¿Para insultarme como el otro día?-

Él sonrió.

-Pues yo también quería verte.- continuó ella -Quería verte para pedirte que te retractaras de lo que dijiste-

-Me retracto- contestó él.

Diana se quedó asombrada.

-¿Te retractas?-

-Sí, me retracto.-

La joven no salía de su asombro.

-¿Así de sencillo?-

-Así de sencillo- respondió el joven.

Ella respiró profundamente.

-¡Vaya! ¡No me esperaba que fuera tan fácil!-

-Lo que pasa es que yo ya había decidido disculparme contigo.- explicó él- He pensado mucho en ti en estos días, y me he dado cuenta de que no tenía que haberme metido en lo que no me llamaban. Aunque fuera verdad...-

-O sea que sigues pensando que soy una idiota-

-No, idiota no, pero un poco niña tontita, sí. Pero bueno, eso no es asunto mío. Si tú quieres ser así, eres libre.-

Diana empezó a enfadarse de nuevo.

-No lo puedo creer. Por un lado te disculpas, y por otro sigues insultándome.-

-No te insulto, sencillamente digo la verdad.-

-Claro, la verdad. Pues ¿sabes otra verdad? Pues que mi padre tiene razón. Eres como el resto de tus amigos ecologistas. Sólo sois unos frustrados llenos de envidia porque no podéis tener lo que nosotros tenemos, y camufláis esa envidia despreciándonos, e insultándonos. Intentáis boicotear todo lo que hacemos, y sois unos retrógrados que soñáis con un mundo en el que se viva entre arbolitos y pajaritos- se echó a reír - Por favor, madura un poco y admitid que el progreso es bueno para todos. Por lo menos para las personas inteligentes.-

Él se puso serio. Abrió la boca para hablar pero luego se paró. Por fin, dijo:

-No sirve de nada seguir con esto. Bien, como veo que te sientes mucho mejor, creo que ya no es necesario que te acompañe.- se levantó - Adiós.-

Y se fue.

Diana se quedó allí sola. Por un lado se sintió algo culpable por lo que acababa de decir, pero por otro, no podía consentir que él siguiera estando por encima. Además él no sólo se burlaba de ella, sino que también iba en contra de su padre. Sin embargo, se sintió triste. Hubo algunos instantes en los que pensó que aquel joven se interesaba sinceramente por ella. En el fondo se arrepintió por haber sido tan dura con él...

Capítulo 5

Al día siguiente, en el descanso de la mañana, Diana se quedó en el aula sola. No tenía ganas de estar con nadie, así que se quedó hojeando algunos apuntes. Al cabo de diez minutos, alguien entró, y se acercó a ella. Era el joven, de nuevo.

Ella lo miró y se le hizo un nudo en la garganta. Incluso sintió que se le saltaban las lágrimas, así que bajó rápidamente la cabeza para que él no se diera cuenta.

-¿Estás mejor?-Le preguntó

-Sí- logró contestar, a duras penas.

-Me alegro. Escucha, he estado pensando y creo que lo que dijiste, lo hiciste porque desconoces muchas cosas. Pienso... estoy seguro de que si intentaras ver todo desde otro punto de vista... Mira, me gustaría proponerte algo. Déjame demostrarte que no llevas razón en lo que piensas acerca de los que amamos y defendemos la naturaleza.-

Ella lo miró con una cierta melancolía.

-¿Y cómo piensas demostrármelo?-

-Deja eso de mi cuenta. Tú sólo di que sí.-

Diana se quedó pensando un poco.

-Estás muy seguro de ti mismo-

-Pues sí. Creo que estás equivocada y quiero probártelo. No obstante, si tú me demuestras a mí que soy yo el que está en un error, lo admitiré.-

Ella siguió reflexionando.

-Y ya no pensarás que soy una niña tonta-dijo.

Él sonrió.

-Ya estoy empezando a pensar que no lo eres-

Hubo un pequeño silencio, mientras la joven se debatía.

-¿Por qué quieres hacer esto?-preguntó- ¿Por qué, simplemente, no pasas de mí y te olvidas de todo? Al fin y al cabo, tú y yo somos muy distintos, y lo que yo haga o piense seguramente no te afecta para nada. Dime, ¿por qué?-

-Porque... me gustaría que fuésemos amigos.-

Diana sintió que se desarmaba.

-Entonces -continuó él- ¿aceptas?

Ella suspiró y luego asintió con la cabeza.

-¡Estupendo!- dijo el joven alegremente.

Diana sonrió y luego le preguntó:

-¿Cuál es tu nombre?-

-¡Ah! Me llamo Rodrigo-

-Yo soy Diana-

-Ya lo sabía. Escuché a tu padre cuando te nombró. Diana... tienes nombre de diosa...-

Ella se rió. Luego le preguntó cómo la había encontrado y él le explicó que había estado buscándola y que al reconocer a uno de sus amigos, le preguntó por ella y de esta manera pudo localizarla. Entonces Diana quiso averiguar si él era un alumno de la facultad o no y, efectivamente lo era. Estaba en el último curso, pero sus clases estaban en la otra ala del edificio. Por eso era difícil que coincidieran.

Una vez hechas estas explicaciones, Rodrigo le propuso una salida para el sábado. Quería

mostrarle algo que formaba parte de su plan. Ella aceptó, y así quedaron.

Capítulo 6

Por fin Diana sintió que los días de infelicidad ya habían pasado. Estaba eufórica, con el hecho de poder relacionarse con Rodrigo, aunque sólo fuera amistad lo que había entre ellos. Por supuesto, no comentó nada en casa. Si su padre hubiera tenido conocimiento de esta relación, ella podría haber tenido problemas.

El sábado quedaron temprano. Cogieron un autocar hasta un pueblecito que había a unos 30 Km. de su ciudad. Diana estaba contenta. Era la primera vez que montaba en autocar. Hasta entonces para ella, eso era un medio de transporte demasiado vulgar, pero al lado de Rodrigo, se sentía como si viajara en una carroza real. Fueron charlando alegremente todo el camino.

-Nunca he estado en ese pueblo- dijo ella.

-Es pequeñito, y con una gente muy sencilla. Casi todos viven de la pesca. El pueblo es bastante bonito. Creo que te gustará.-

-Lo conoces bien, por lo que veo-

-Bueno, yo nací allí. Y Allí me he criado. Sólo hace algún tiempo que vivo en la ciudad.-

-¡Ah! Entonces tu familia vive allí.-

-Sí. Bueno, casi todos. Tengo un hermano que también vive en la ciudad.-

-Ya sé, entonces vamos allí, porque vas a presentarme a tu familia, ¿no?-

-No, no es por eso. Pero si te apetece conocerlos, no hay ningún problema.-

-Bueno.- asintió ella -Pero entonces, ¿a qué vamos?-

-No seas impaciente. Ya lo verás.-

Ella sonrió, y se puso a mirar el paisaje por la ventanilla.

Enseguida llegaron. Atravesaron el pueblo que, realmente, era pequeñísimo, y luego siguieron andando unos 3 Km. bordeando la playa. Después se acercaron hasta la orilla y marcharon en dirección a unas rocas. Allí se pararon. Entonces Rodrigo empezó a emitir unos ruidos con la boca. Ella lo miraba expectante. Instantes después, vio como, en el mar, se acercaba algo a lo lejos. Era un delfín. Diana se quedó asombrada. El animal llegó hasta ellos. Rodrigo se metió un poco dentro del agua y lo acarició, saludándole como si de un viejo amigo se tratara. Diana los miraba embobada.

-Diana, ven. Te voy a presentar a un amigo- le dijo el joven.

Ella se aproximó un poco, muy emocionada.

-¿No me morderá?-

Él se rió.

-¡Claro que no! ¡Ven!-

La muchacha se acercó hasta ellos.

-Esopo, te presento a Diana. Es una amiga, y una buena chica...-

El delfín emitió un sonido, mientras movía la cabeza. Parecía que se reía.

-Creo que le gustas- dijo el joven.

Ella sonrió.

-¿No te apetece acariciarlo?-

-Sí. Pero me da un poco de miedo.-

Entonces Rodrigo le cogió una mano y la acercó hasta el animal. Diana estaba temblando, y el corazón le latía muy deprisa. Luego continuó acariciando la cabeza del delfín y en ese momento se sintió dichosa. El joven la miraba sonriendo. Después, Esopo hizo ademán de querer marcharse, pero no llegó a irse. Se quedó jugando por allí cerca, dando saltos y haciendo sonidos, como si les estuviera hablando. Diana estaba encantada.

-¿Hace mucho tiempo que sois amigos?- le preguntó a Rodrigo.

-Hace algunos meses.-

-Es precioso... Ya había visto algunos en el acuario, pero nunca había podido acercarme a ellos y tocarlos. Es impresionante. Me ha gustado mucho conocer a Esopo.-

Rodrigo también estaba contento.

Se quedaron allí un rato más, y luego volvieron al pueblo. Él le preguntó si quería volverse ya a la ciudad, o le apetecía conocer un poco más el lugar. Ella quiso quedarse y además le recordó que habían hablado de conocer a su familia. Así que el joven la llevó a casa de sus padres.

Capítulo 7

Éstos eran una gente humilde y sencilla. La acogieron calurosamente. El padre era pescador. Tenía una pequeña barca con la que salía todos los días menos los domingos. Se le notaba la dureza de su trabajo en el rostro y las manos, pero se mantenía bastante ágil. Su madre era una mujer muy alegre y trabajadora. La pareja parecía llevarse muy bien. Tenían tres hijos, de los cuales, Rodrigo era el segundo. La casa donde vivían era pequeña pero acogedora. Diana se quedó asombrada de que una familia de cinco personas pudiera vivir en tan poco espacio. Sin embargo, no dijo nada. Detrás de la casa, tenían un pequeño huerto donde la madre del muchacho se encargaba de cultivar algunas verduras y hortalizas. También tenían tres o cuatro árboles frutales. Se le explicó que los productos del huerto eran completamente naturales, sin utilizar pesticidas ni abonos químicos.

Rodrigo y Diana se quedaron a comer y a ella le pareció la comida más exquisita que había probado nunca.

-Cocina usted maravillosamente- dijo a la madre de Rodrigo.

-Gracias, Diana. Me alegro de que te guste. Pero, en realidad no tiene nada de especial. Es sólo que los alimentos de nuestro huerto están mucho más gustosos que los que se venden normalmente en las tiendas. No sé si será porque utilizamos abonos naturales...-

-Sí, es posible.- respondió Diana- Pero de todas maneras, insisto en que es usted una excelente cocinera.-

-Gracias de nuevo-

Rodrigo sonreía complaciente.

Poco después de comer, los muchachos se despidieron de los padres de él y se fueron a dar un paseo por el pueblo.

-Tus padres son muy amables.-comentó ella.

-Bueno, en los pueblos la gente suele ser más amable y hospitalaria. Además, yo les he dicho que eres amiga mía-

Ella se quedó un rato callada.

-Rodrigo, yo... no le he comentado a mis padres nada de ti. A mi padre, especialmente, no le gustaría saber que estoy contigo en este momento.-

-Sí, claro. Supongo que es mejor que no le digas nada. Me temo que él no lo comprendería.-

-No- contestó ella pensativa.

Después de ver el pueblo, cogieron el autocar y volvieron a la ciudad. Se despidieron en la estación de autobuses.

-Bueno. Pues ya hemos llegado.-dijo él.

-Sí. Rodrigo, muchas gracias por todo. Me lo he pasado muy bien.-

-Yo también.- le respondió él, mirándola a los ojos.

Ella respiró profundamente y, al mismo tiempo que correspondía a la mirada de él, dijo:

-Entonces, adiós.-

-Sí.- contestó el joven- Bueno, supongo que nos veremos durante la semana, ¿no?-

Ella asintió con la cabeza.

-Sí, claro.-dijo él, de nuevo- Vale. Pues... hasta luego.-

-Hasta luego-

Y cada uno se marchó por su camino.

Capítulo 8

Diana llegó a su casa, radiante. Se fue a su cuarto y tumbada en la cama intentó recordar cada momento de los que había vivido en ese día. Se dio cuenta de que nunca se había encontrado así de feliz. Hasta entonces todo lo que había querido se lo habían dado. Casi siempre se había tratado de caprichos que, una vez que los había conseguido, no le habían llegado a aportar la

felicidad que ella esperaba. Y esta vez todo lo que había disfrutado no tenía nada que ver con el dinero y un buen nivel social. Había acusado a Rodrigo de tenerle envidia por lo que ella tenía, y también le gritó que era un frustrado. Pero, lo que había vivido en un sólo día, le demostró que estaba completamente equivocada. Él era feliz con lo poco que tenía. E incluso podía disfrutar mucho más que ella, con cosas que la vida misma le ofrecía, sin artificios, sin que el dinero estuviera de por medio, y sin necesidad de ser admirado, ni temido por otros. Era todo lo contrario de lo que ella estaba acostumbrada. Desde pequeña había querido ser el centro de atención de todo el mundo, que todos la admirasen, y que la respetasen aunque fuera por la fuerza. Le gustaba mandar, y que todos hicieran su voluntad. Siempre había pensado que la fortuna de su padre le daba derecho a todo. ¡Pobre! Le daba más importancia a esa fortuna que a ella misma...

Llegó la noche. Una vez acostada, se puso a pensar en Rodrigo. Y luego en el delfín. Había sido una experiencia preciosa. Por fin se durmió.

Entonces empezó a soñar. Se vio a sí misma convertida en delfín, moviéndose con libertad en el mar. Había otros delfines con ella. Estos le hablaban a través de sonidos que ella comprendía perfectamente. Le encantaba desplazarse rápidamente y dar saltos. De repente vio a lo lejos un barco. Reconoció que eran seres humanos. Junto con algunos de sus compañeros se dirigió hacia el barco. Éste era de una construcción antigua. Debía ser la época del imperio romano. Ella y los otros delfines se pusieron al costado del barco, y fueron acompañándolo durante un buen rato. Algunos de aquellos seres humanos se asomaban y los saludaban.

Entonces se despertó. Abrió los ojos y reconoció su dormitorio.

-¡Madre mía! ¡Qué es esto! Esto no ha sido un simple sueño... no... Es como si realmente yo hubiera vivido eso. Como si yo hubiera sido alguna vez un delfín... No, esto no ha sido un sueño... Pero,... No puede ser. ¿Cómo voy a ser yo un animal? ... Me parece que me ha impresionado, más de lo que yo creía, la excursión de hoy.-

Se dio media vuelta e intentó dormirse. Al poco rato, había caído rendida de sueño.

De nuevo empezó a soñar. Esta vez se veía como una gacela. Se encontraba con un grupo de su misma especie. Iban marchando tranquilamente, hasta que algunas que se encontraban no muy apartadas de ella, empezaron a correr. Detrás de ellas, se aproximaba, muy rápidamente, un león. Ella también se puso a correr. Su enemigo se dirigió directamente hacia ella. Después de un corto espacio de tiempo, sintió que la fiera la atrapaba. En ese momento se volvió a despertar.

Esta vez, tenía el corazón completamente acelerado y estaba sudando. Se tranquilizó al ver que sólo había sido un sueño. Pero, tenía la extraña sensación de que aquello tampoco había sido un simple sueño. Era como un recuerdo. Un recuerdo muy lejano... de algo que ella realmente había vivido...

Se incorporó y cogió el vaso que había sobre su mesa de noche. Bebió un poco y luego lo dejó de nuevo. Se volvió a recostar, y cerró los ojos con la esperanza de volverse a dormir.

Y no tardó en hacerlo, y volvió a soñar. En esta ocasión era un águila. Vivía en lo alto de unas montañas rocosas. Allí tenía su nido. Enseguida se puso a volar y fue planeando con gran majestuosidad. Era una sensación maravillosa. Sin embargo, tenía hambre y estaba al acecho de cualquier presa. Al poco tiempo, divisó un conejo. Rápidamente se echó sobre él y lo atrapó con sus garras. Luego levantó el vuelo sin soltar su comida... Y se despertó.

Ella abrió los ojos de nuevo. Estaba bastante sorprendida. No entendía el porqué de aquellos sueños. O... recuerdos... No tenía claro de que se trataban. ¡Todo le había parecido tan real! Era como si esas imágenes hubieran estado guardadas en lo más profundo de su memoria o de su subconsciente y, de repente, sin saber la razón, salían a la luz.

Se durmió de nuevo, después de un rato, pero ya no volvió a tener ninguno de aquellos sueños tan reales.

Capítulo 9

El lunes llegó. Durante el domingo, había estado pensando bastante en los sueños que había tenido, pero no había llegado a ninguna conclusión. Estaba un poco confundida, porque ella habría jurado que lo que había visto eran escenas que ella había vivido con otros cuerpos. Había oído

hablar de la reencarnación, pero hasta ahora, siempre había pensado que sólo eran creencias absurdas. Como estaba bastante inquieta por este tema, quiso investigar un poco más acerca de ello y se dijo que buscaría en la biblioteca de la facultad, libros que hablaran sobre la reencarnación.

En el descanso de la mañana, se dispuso a hacer sus investigaciones. Sin embargo, uno de sus compañeros la detuvo. Era un muchacho cuya familia también tenía una posición social alta, aunque no tanto como ella. De todos los chicos de su grupo, era el que siempre se le pegaba más. Era bastante guapo, y también vestía con ropa de marca. Los demás, pensaban que Diana y él hacían buena pareja, aunque hasta ahora no había habido nada de especial entre ellos.

-Diana- le dijo -Quiero hablar contigo.-

-Borja, hablemos después. Tengo algo importante que hacer, y quiero hacerlo durante el descanso. Luego me lo dices, ¿vale?-

-No, Diana. Esto ya no puede esperar- contestó él.

Ella se paró, y con cierto fastidio le dijo:

-¡A ver! ¿Qué quieres? ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar?-

Él ya estaba acostumbrado a las formas de Diana, así que no se cortó para hablarle.

-Ven, sentémonos aquí-

Ella se mostró impaciente.

-Bueno, Diana. He pensado que ya va siendo hora de que tú y yo tengamos una relación más seria.-

-¿Cómo dices?- preguntó asombrada, ella.

-Más seria.-repitió él, creyendo que no la había oído bien.- Llevamos ya algunas semanas que nos conocemos, y todos piensan que somos la pareja ideal. Y es que tú y yo hacemos la combinación perfecta. Los dos tenemos belleza, dinero e inteligencia. Cuando terminemos la carrera, podemos montar juntos un gabinete, y podremos seguir haciendo más y más dinero. En fin, no me parece que sigamos dándole largas a esto y creo que ya va siendo hora de que les declaremos a los demás que lo que ellos tanto anhelan, es decir, que tú y yo seamos pareja, es ya un hecho.-

Diana estaba boquiabierta. Borja, siempre había estado adulándola y dándole la razón en todo. No obstante, a ella le había parecido normal, porque mucha gente a su alrededor, hacía lo mismo. Sin embargo, la joven nunca estuvo interesada en él. Pero, en ese momento, no sólo se dio cuenta de que el muchacho que tenía frente a ella no le gustaba, sino que le resultó totalmente pedante. Pensó: "es un niño de papá". Y entonces le vino el recuerdo de Rodrigo, cuando la criticó a ella. Aquel día, se había expresado en el mismo tono que acababa de hacerlo su admirador. Por primera vez se hizo consciente de su propia vanidad y prepotencia.

-¿No dices nada?- preguntó él.

-Bueno, yo... Lo siento Borja, pero creo que ha debido de haber un malentendido. Yo no estoy interesada en ti. Yo te he tratado a ti como a los demás. Me parece que nunca te he dado señales de otro tipo, así que pienso que has debido de malinterpretar mi comportamiento contigo.-

-¿Qué dices? ¡Pero si todo el mundo se ha dado cuenta de que entre tú y yo había una afinidad! ¿Qué pasa? ¿Es que quieres que no se lo digamos todavía a los otros?-

-No te enteras.- contestó ella, empezando a impacientarse- Lo que te estoy diciendo es que no puede haber ninguna relación, fuera de la amistad, entre nosotros. -

-No puedes estar hablando en serio- dijo él, con una sonrisa de ironía- Tú y yo nos convenimos. No me digas que no te has dado cuenta.-

-Pues no.-respondió ella - No me he dado cuenta de eso. Así que como no nos ponemos de acuerdo, dejamos este tema zanjado, y ya está. Adiós, tengo mucha prisa.-

Él la cogió de un brazo y la retuvo.

-Un momento. Esto no está terminado, ¡claro que no! Todos esperan...-

-Me da igual lo que los demás esperen- le interrumpió ella enfadada- Te lo voy a decir clarito, para que se te quede. Tú no me gustas, ¿vale? No voy a salir contigo, ni por supuesto, voy a ser tu pareja, ni nada por el estilo. Y ahora déjame en paz.-

Diana se soltó de él, y se dispuso a irse. Pero él, muy serio le preguntó:

-¿Es que hay otro?-

-Eso no es asunto tuyo- contestó ella, y se fue.

Diana se dirigió a la biblioteca. Estaba muy contrariada pero, buscando libros y documentos que hablaran de la reencarnación, se le fue pasando el disgusto. Encontró algunos libros y después de hojearlos un poco, decidió llevárselos a casa para leerlos con más tiempo.

Cuando volvió a su clase, se encontró con Rodrigo. Éste la estaba esperando para preguntarle si tenía algo que hacer el miércoles siguiente. Era un día de fiesta y no había clase. Como ella le respondió que no, él le propuso una pequeña excursión, a la que Diana aceptó encantada.

No muy lejos de ellos, alguien los observaba...

Capítulo 10

Llegó el miércoles, tan esperado para Diana. Nuevamente, habían quedado en la estación de autobuses.

-¿Vamos a ir a ver a Esopo?- inquirió ella.

-No.- respondió Rodrigo- Hoy vamos a ir a otro sitio.-

Cogieron otro autocar, pero esta vez, se dirigieron hacia un pueblo de la montaña.

-Rodrigo, de todas formas, me gustaría volver a ver al delfín- comentó la joven.

-Cuando tú quieras.- respondió él-

Diana se quedó mirando por la ventanilla, algo pensativa.

-¿Estás preocupada por algo? ¿Va todo bien?- inquirió él.

-Sí. Supongo- contestó ella, no muy convincente.

-¡Ah! Bueno, en todo caso, si tienes algún problema y yo te puedo ayudar...-

-No, no importa- dijo Diana sonriendo.

Un rato después, llegaron al pueblo. Ellos siguieron por un pequeño camino, que subía poco a poco, y que se iba introduciendo en zona de bosque. El paisaje iba haciéndose, a cada paso, más y más salvaje, y por ello, más y más bello. Rodrigo la invitó a que caminaran en silencio y a que intentara escuchar los sonidos del bosque. De esta manera, los animalillos pasaban cerca de ellos sin asustarse. Pudieron ver varias ardillas y ratoncillos, un zorro, dos ciervos, y un jabalí desde lejos, así como montones de pájaros de especies distintas. A su alrededor, bosques de pinos, y más arriba la montaña rocosa. En el cielo, de un azul limpio, se veían planeando varios tipos de aves rapaces. Y a lo lejos, se escuchaba el murmullo del agua. Se acercaron, y vieron que se trataba de un pequeño riachuelo, de aguas cristalinas, en el que se veían algunos pececillos, y varias ranas de diferentes tamaños.

-¡Qué bonito es todo esto!- exclamó Diana.- ¡Y qué bien se está aquí!-

Rodrigo sonrió. Ella se sentó en la hierba.

-Nunca había hecho una excursión como ésta- continuó diciendo ella- A mis padres, nunca les ha gustado salir al campo, y la verdad es que no he tenido muchas oportunidades. Sin embargo, aquí me siento como si estuviera en mi entorno natural. Como si yo proviniera de aquí. Como si realmente, esta fuera mi casa...-

El joven la escuchaba en silencio, y se sentó cerca de ella.

-Rodrigo, ¿tú crees en la reencarnación?-

-Pues... la verdad es que sí. ¿Porqué me preguntas eso?-

-Es que... yo casi estoy segura de que sí que existe. Verás, el otro día me pasó una cosa muy rara. Soñé que era un delfín. Pero cuando me desperté, tenía la impresión de que eso no había sido un sueño. Creerás que soy una idiota pero hubiera jurado que era un recuerdo. Luego soñé, que era una gacela, y más tarde un águila. Los tres sueños... no me preguntes porqué, pero estoy casi segura de que habían sido realidad, hace ya mucho tiempo. -

-Bueno, hay mucha gente que cree en la transmigración de las almas. Que nuestra alma es inmortal y que puede tener un cuerpo, después otro, y después otro... No solamente, cuerpos humanos, sino animales, e incluso plantas y minerales.-

-Pero, si hemos vivido antes con otros cuerpos, ¿no deberíamos de acordarnos?-

-Pues sí, llevas razón. Pero, por otro lado, hay muchas cosas del pasado que no recordamos.

Por ejemplo, ¿tú te acuerdas de cuando naciste?-

Ella negó con la cabeza.

-Me acuerdo de alguna cosa de cuando era pequeña. Son como imágenes de alguna situación, pero, de lo que pasaba antes o después, no.-

-Ya. ¿Y recuerdas todo lo que hiciste, cuando eras más mayor? ¿Te acuerdas de lo que comiste hace quince días?-

-Pues, la verdad es que no-admitió ella - Sí, ya entiendo. Puede ser una explicación lógica...

-Yo no te lo puedo asegurar, pero creo que sí puede ser una posibilidad, que las imágenes que viste en tu sueño fueran recuerdos reales. Si esto fuera así, querría decir, que cualquier animal de los que hemos visto, o cualquier árbol, en el futuro podrían ser personas... Sí, yo en realidad creo que todos los seres vivos somos hermanos en espíritu.-

-Sí- dijo Diana -Yo también lo creo.-

Él sonrió.

-Creo que será mejor que nos vayamos yendo- dijo -¿Qué te parece?-

La joven suspiró y después asintió.

Recorrieron el camino de vuelta, continuando la conversación, en voz baja, para no espantar a los habitantes del bosque, y poder seguir admirándolos.

Cuando llegaron al pueblo, cogieron el autocar y regresaron a la ciudad. Llegarían a sus casas para comer, aunque fuese un poco tarde. Se despidieron en la estación, y Diana volvió a darle las gracias al joven por todo. Los dos se fueron muy contentos por la hermosa mañana que habían pasado.

Capítulo 10

Al día siguiente, Rodrigo fue a buscar a Diana en el descanso de la mañana.

-¿Quedamos el sábado?- le preguntó él.

-Vale, ¿a qué hora?-

-¿A las diez, te parece bien?-

-Okay. ¿Dónde vamos a ir esta vez?-

-Bueno... esta vez, quiero mostrarte algo diferente. Pero ya lo verás...-

-Como siempre, te gusta hacerte el misterioso.- contestó ella- Bueno, no importa. Esperaré-

Rodrigo se marchó muy contento. Mientras, Diana se quedaba en la clase, dichosa de su suerte.

En ese momento, oyó una voz detrás de ella, que le decía:

-Así que ése es el que te tiene el coco sorbido-

Diana se volvió.

-¿Qué quieres, Borja?-

-Tengo entendido que ese tipo es uno de esos fanáticos de las hierbas y de los animales... un ecologista... y para ser más exacto, uno de los que andan detrás de la empresa de tu padre...-

-¿A que viene eso?- preguntó ella muy molesta.

-Lo he visto hablando contigo varias veces, y creo saber que es lo que tiene en mente. Está tratando de engatusarte para luego utilizarte y conseguir lo que quiere de tu padre. ¿No te das cuenta?-

-Mira, Borja. Te agradezco tu preocupación, pero haz el favor de dejarme en paz y no meterte en donde no te llaman, ¿vale?-

-¡Vaya, vaya Diana! Ten cuidado con lo que dices, o si no pensaré que te estás confabulando con él para ir en contra de tu propio padre-

Ella lo miró con desprecio y luego se alejó de él. Sin embargo, se quedó un poco preocupada. Aquello no le había gustado nada. ¿Cómo podía estar Borja tan enterado de todo eso? Ella sabía que Rodrigo era ecologista porque lo había visto en el despacho de su padre, pero él no lo iba publicando por ahí... Seguramente, Borja los había visto juntos y había estado investigando, llevado por el despecho. No sabía hasta qué punto, éste podía suponer un peligro... Por otro lado, esa acusación que había lanzado de Rodrigo diciendo que la estaba utilizando, no quería creerla, pero algo de mella, sí que le hizo... Sin embargo, su corazón no podía soportar una idea tan cruel, así que

decidió que debía olvidar aquel incidente, sin darle más importancia.

El viernes en la tarde, antes de irse, se le volvió a acercarse Borja.

-¿Vas a reunirte mañana con él?- le preguntó.

-Mira, déjame en paz. No tengo que darte explicaciones de lo que hago o deje de hacer.- respondió ella con fuerza.

-Te vas a arrepentir. Te está utilizando, y cuando te quieras dar cuenta será demasiado tarde. Entonces te arrepentirás de haberme rechazado. Pero no te preocupes. Yo estaré ahí, esperándote.-

-Pues no me esperes, porque si hay algo que tengo claro en esta vida, es que no quiero nada contigo.- contestó la joven y, acto seguido, se fue.

Capítulo 11

El sábado, Diana y Rodrigo se vieron en la estación. Volvieron a coger otro autocar. Esta vez les condujo por un camino distinto. Diana iba expectante, preguntándose qué nueva maravilla le mostraría su amigo. Al cabo de media hora de viaje, el autocar hizo una parada frente a una fábrica. Ésta se encontraba en medio de un terreno cuasi-desértico. Ellos se bajaron. Diana estaba algo confundida.

-¡Qué feo es esto! ¿Está muy lejos el sitio dónde vamos?- preguntó.

-No.- respondió él- Es aquí. Ya te dije que hoy quería enseñarte algo distinto. Ven, vamos a dar una vuelta por los alrededores.-

Diana no sabía que decir, así que siguió a Rodrigo.

El aspecto del paisaje era radicalmente distinto del que había visto el miércoles anterior. Todo estaba seco, alrededor de las naves. Había algunos árboles, pero también estaban secos. De la fábrica salía un humo, que no olía demasiado bien, y que se extendía poco a poco hacia lo lejos, creando una sutil capa gris que se interponía entre ellos y el cielo. No había pájaros, ni ningún otro ser viviente por los alrededores. El único sonido que se escuchaba era un ruido de fondo que provenía de la fábrica.

-Rodrigo- dijo, por fin ella- ¿Porqué me has traído aquí? Este sitio no me gusta.-

-¿No conocías este lugar?- le preguntó él.

-Pues no. ¿Por qué iba a conocerlo?-

-Diana, ésta es una de las fábricas de tu padre-

Ella se quedó callada. No había caído en esa posibilidad. Lo cierto es que nunca había visitado las fábricas, ella sólo iba de vez en cuando al despacho, y nunca se había planteado nada más. Entonces empezó a sentirse mal, pero se mantuvo en silencio.

-Ven por aquí- continuó el joven.

Él la condujo, dando una vuelta, hacia el otro extremo de la fábrica. Por allí olía peor. Diana pudo escuchar un ruido de corriente de agua. Se dirigieron hacia ésta, y pudieron ver como un poco más allá, una gran tubería desocupaba grandes cantidades de agua espantosamente sucia, en un pequeño venero. Por supuesto, no se detectaba ningún signo de vida, en aquellas aguas.

Ella comenzó a sentirse mucho peor. Le entraron ganas de llorar y de salir corriendo. Con el nudo en la garganta, y haciendo pucheros, miró a Rodrigo y le dijo:

-¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué es lo que pretendes? Primero me llevas a lugares maravillosos y ahora me muestras esto... ¿Ése era tu plan? -

Él la miró muy serio, pero a la vez con dulzura y le contestó:

-El trato era que yo debía demostrarte...-

-Sí, claro- le interrumpió ella- ¡Era eso! Ibas a demostrarme porqué luchabas... Bien, pues ya lo has conseguido. Ahora, ¿qué quieres de mí? ¡Supongo que querrás que hable con mi padre y lo convenza para que haga lo que le pedís!-

-Pues... no estaría mal. Quizás, tú podrías conseguir mucho más que nosotros.-

Diana no pudo aguantar más y se puso a llorar.

-Pero, ¿por qué lloras?- preguntó el joven conmovido.

-De acuerdo,- contestó ella, parando un poco el llanto- Os ayudaré. Hablaré con mi padre...- hizo una pausa, mientras le caían dos lágrimas- pero Borja llevaba razón. Tú me has estado

utilizando. La única razón por la que has estado haciendo todo esto, era para obtener de mi padre, a través de mí, lo que vosotros no habéis podido.-

-¿Qué estás diciendo? – preguntó él, extrañado

-No, si yo lo comprendo.- dijo Diana, con pena- Vuestra causa es justa y totalmente legítima. Tu idea ha sido buena. Y en cierto modo, te doy las gracias, porque me has abierto los ojos... Pero, podías haber sido sincero conmigo desde el principio-

-Diana, no te entiendo. ¿Qué dices de que yo te he utilizado, y de que te he engañado?-

-Lo sabes muy bien. Has hecho todo esto, para que os ayudara a ti y a tus compañeros ecologistas. Pero cuando yo te pregunté que porqué querías mostrarme mi equivocación, me dijiste que era porque... querías que... fuésemos amigos. Y eso no es cierto. Es lo que menos te importaba... - y se puso a llorar, de nuevo.

-Pero, ¿qué te hace pensar eso?-

-Primero me enseñas el más bello paisaje al lado del mar, luego en la montaña, y más tarde me traes aquí para decirme: mira lo que hace tu padre, eso es lo que tú defendías, de eso es de lo que tú vives... de la destrucción de lo más bello...- y siguió llorando- Rodrigo se acercó a ella, pero Diana dio un paso atrás ariscamente.

-No era esa mi intención- explicó el joven- no trataba de hacerte sentir culpable. Lo único que pretendía era ayudarte a hacerte consciente de este problema, pero, en ningún momento se me ha ocurrido responsabilizarte de nada. Tal y como me imaginaba, tú desconocías la realidad, y sólo quise ayudarte a verla.-

La muchacha logró calmar, con estas palabras, su llanto.

-Diana,- continuó él- ¿Quieres saber cuál fue la verdadera razón que me empujó a hacer todo esto?-

Ella lo miró, intentando aparentar seguridad, y luego asintió con la cabeza.

-Pues, bien. Te confieso, que no te dije exactamente la verdad aquel día. Es cierto, no era tu amistad lo que yo buscaba.-

Ella hizo un puchero y rápidamente bajó la cabeza, para que él no pudiera verla.

-Lo que yo buscaba realmente- continuó él- era tu amor.-

Diana levantó la vista sorprendida.

-Lo que pasa es que por entonces, tú parecías odiarme bastante, y pensé que si te declaraba mis verdaderos sentimientos, me habrías rechazado radicalmente, y no quise arriesgarme. En realidad, desde el primer día que te vi, supe que te quería. Me di cuenta que tenías bastante carácter, pero eso no impidió que me enamorara de ti. Mi plan era que, primeramente, nos hiciéramos amigos, y poco a poco, podría tener la posibilidad de conquistarte. En fin, ya veo que no lo he hecho muy bien...-

En el rostro de la joven se fue dibujando una sonrisa, mientras los ojos se le iluminaban.

-Rodrigo, yo también te quiero. Y también desde el primer día que nos vimos, en el despacho de mi padre.-

-¿De veras?- dijo él alegremente -Ya me parecía a mí..

-¡Tonto!- le dijo cariñosamente ella, mientras le daba un suave empujón.

Él la agarró de los brazos y la atrajo hacia sí, y entonces la besó. Luego se abrazaron y así permanecieron unos instantes.

-Perdóname, Rodrigo. Estaba muy confundida. Creo que me ha impresionado mucho ver esto. Y luego está Borja. Me ha estado bombardeando con sus intrigas...-

-Oye, ¿quién es Borja?-

-¡Bah! Un niño de papá-

Y entonces le contó a Rodrigo, cómo el otro muchacho se le había declarado, y al verse rechazado, estuvo averiguando acerca de Rodrigo, y luego la había estado agobiando con sus ideas. Luego hablaron de otras cosas. Sobre todo, hablaron de ellos dos. Después volvieron a coger un autocar y regresaron a la ciudad.

Capítulo 12

Cuando Diana llegó a su casa, le dijeron que su padre estaba en su despacho esperándola. La joven se preguntó que sería lo que querría.

-Hola papá. Me han dicho que querías hablar conmigo.-

-Efectivamente. Diana, hoy he sido informado de algo, y quiero que tú me digas si es cierto o no. Te lo voy a preguntar una vez y quiero que me digas la verdad. ¿Estás saliendo con uno de esos ecologistas, que tantos problemas me están ocasionando?-

Diana se quedó callada. Seguro que esto era cosa de Borja. Ella pensaba hablar un día u otro a su padre, pero todavía no estaba preparada. Y ese chico le acababa de meter en un lío.

-¿Sí o no?- insistió él.

-Pues... sí. Es cierto- contestó ella.

Su padre se puso de pie y empezó a caminar de un lado para otro, por toda la habitación, con el semblante muy grave. Luego se paró.

-No puedo creer que mi propia hija haya sido capaz de darme una puñalada por la espalda.

Te darás cuenta de que has traicionado a tu padre, claro.-

-No papá. No se trata de eso. Yo quise investigar y saber un poco más y me he dado cuenta de que llevan razón.-

-¡Calla, ingrata! ¿Qué sabes tú de razones? Todo lo que he hecho, ha sido para tu madre y para ti. ¿Acaso alguna vez te ha faltado algo? Todo lo que has querido lo has tenido. Todos tus caprichos te han sido concedidos. ¿Y eso crees que sale de la nada?... No señor, no. ... Y ahora me sales con estas. Todo te lo he permitido, pero esto no. Esto se acaba aquí, en este instante. Te prohíbo que vuelvas a verle.-

-No, eso no. No puedes obligarme. Soy mayor de edad.- contestó ella.

-En esta casa mando yo, y mientras vivas aquí tendrás que acatar mis ordenes. Siempre te he dejado hacer lo que querías, pero en este asunto no estoy dispuesto a ceder. No le verás más-

-Lo siento papá, pero la que no está dispuesta a ceder, soy yo.-

Él la miró muy fijamente y le dijo:

-Pues entonces vas a tener que tomar una decisión: o él... o tu familia. Si quieres irte con ese tipo, puedes marcharte, pero no vuelvas nunca más.-

Diana sintió que se le caía el mundo encima. Después de todo, ella adoraba a su padre, al igual que a su madre.

-¡Papá, por favor, no me pidas eso!- dijo ella suplicante.

-Comprenderás que no puedo tener a mi lado a mi enemigo. O estás conmigo, o contra mí. Eso es todo... Como veo que te cuesta decidirte, será mejor que lo pienses a solas y luego me darás tu respuesta. Ahora déjame solo.-

La joven no contestó nada. Simplemente se levantó y se marchó a su cuarto. Llevaba una gran pena. Sabía que su padre también sentía un dolor parecido. Para Diana, él siempre había sido un padre cariñoso. A pesar de sus muchos errores, con ella siempre había imperado el amor paternal, y su actitud había supuesto un gran golpe para él.

Se echó en su cama, y se puso a reflexionar. No sabía que hacer. El hecho de tener que irse de su casa era algo secundario. Lo que de verdad no quería, era enemistarse y perder el cariño de sus padres. Pero por otro lado, tampoco deseaba alejarse de Rodrigo. Tan sólo hacía dos semanas que lo conocía, pero él se había convertido en una parte demasiado importante de su vida.

Desesperada, se puso a llorar, sin encontrar solución. Después de un rato, se quedó dormida como consecuencia del agotamiento que le produjo su sufrimiento. Entonces empezó a soñar. Se veía a sí misma con 40 años más. Iba caminando por la calle. Llevaba una máscara de gas. De hecho, todas las personas que se veían en la calle la llevaban. Los edificios se veían todos manchados de oscuro. El cielo tenía un color gris azulado. Luego se montó en un coche muy lujoso y se dirigió a las afueras de la ciudad. Allí no encontró nada más que desierto. Continuó avanzando en dirección a la montaña, por una gran autopista. A lo lejos distinguió una especie de bosque. Se acercó hasta allí y luego paró. Se bajó y echó un vistazo. Allí, efectivamente había árboles. Pero todos estaban secos. Había un silencio de muerte. Diana quiso ver algún animal, pero... ni un ave, ni una ardilla... Se agachó y buscó en la tierra. Tampoco había hormigas... ni ningún otro insecto.

Desolada se marchó de allí. Siempre conduciendo por la autopista, llegó hasta la playa. La arena estaba cubierta por montones de manchas negras, y había muchos restos de basura. En el agua flotaban cantidades enormes de espuma y restos sólidos. No olía a mar, sólo a una mezcla de petróleo y otros productos.

Diana se sintió desconsolada. Se fue a su casa. Allí estaban sus padres. Éstos estaban ya ancianos. Ella se quitó la máscara, pues en la mansión había un aparato que producía oxígeno. Luego se sentaron todos a comer. La mesa estaba lujosamente decorada. En ella había vajilla fina, con cubiertos de plata, y cristalería de gran calidad. Vino el mayordomo con una bandeja y se dispuso a servirles. En cada plato puso unas pastillas. Los ancianos, las cogieron con la cuchara muy delicadamente, y se las tomaron.

-Diana, hija. ¿No tienes hambre?- dijo su madre- Hoy tenemos calcio y vitaminas, con antioxidantes. Anda bebe un poco de agua.-

Ella miró el agua, y ésta tenía un fuerte olor a lejía. Se le quitó por completo el hambre.

-Pero, ¿por qué comemos esto? -inquirió -¿Dónde están las verduras, y la fruta, y la carne, y el pan...? ¿Dónde hay agua limpia?-

-¡Otra vez estás con eso!- contestó su padre- Ya sabes que hace muchos años que ya no hay más cosechas, ni animales, a causa de la contaminación. Ahora nos alimentamos de pastillas hechas con los minerales y vitaminas que nuestros cuerpos necesitan, y que se hacen en mis fábricas. Así es el progreso. Gracias a él, ahora somos inmensamente ricos y poderosos-

-¿Cómo hemos llegado a esto?- dijo Diana entre asustada y triste- ¡Dios mío, ¿cómo es posible?!-

En ese momento se despertó.

Capítulo 13

-Qué sueño tan horrible.- exclamó- ¿Es este el futuro que nos espera? No, no puede ser. Yo no contribuiré a ello... Pero, Dios mío ¿qué puedo hacer yo? Esta situación es demasiado difícil para mí. Necesito que me ilumines y me ayudes a hacer lo correcto.-

Era la primera vez que Diana no deseaba hacer su santa voluntad, y se decidía por pedir la ayuda divina. En ese momento, alguien llamó a la puerta. Era su madre. Ésta mostraba una cara de gran preocupación. Le dijo que su padre la había explicado lo que había ocurrido. Él estaba muy desolado. La postura de su hija le había golpeado muy fuertemente. Ella había cambiado mucho y él lo había notado. También le dijo que el ultimátum que le había puesto había sido más doloroso para él que para ella. En aquellos momentos se encontraba en su despacho solo, con gran desasosiego.

-Tú eres lo que más quiere en el mundo. Le ha dolido mucho que salieras con ese muchacho.- le dijo con dulzura.

Diana, a pesar de su tristeza, sintió desde su corazón un impulso, y como si dentro de ella una pequeña vocecilla le dijera:

-Ve y habla con él, con mucho cariño.-

Diana siguió este impulso sin pensar nada más y se dirigió al despacho de su padre, sólo guiada por su corazón. Su madre fue con ella. Él se encontraba cabizbajo y meditabundo. La joven se acercó a él y le dio un abrazo y un beso.

-Papá, escúchame por favor. Yo sé que tú siempre me has querido muchísimo, porque así lo he sentido. Y yo también te quiero mucho a ti. Ya sé que desde pequeña he sido una niña egoísta y caprichosa. Todo lo que os he pedido me lo habéis dado. Ahora quiero pedirte una cosa, y esta vez no es por capricho. Sé que me falta mucho para ser una persona madura, pero creo que ahora lo soy un poco más que antes. Lo que te pido es que me escuches con atención y luego pienses.-

Su padre calló.

Entonces Diana le contó cómo había ido a una playa a las afueras de la ciudad y había podido acariciar a un delfín. Luego le habló de su excursión a la montaña. Conforme le iba contando, ella iba mostrando cada vez más entusiasmo. Le detalló todo muy bien. Luego le contó como había ido a la fábrica y había visto todos los desechos y el humo, y cómo estos producían la extinción de seres vivos a su alrededor. Luego le explicó a manera de posible profecía todo lo que

había visto en su sueño.

-Papá, ¿de que nos sirve el dinero, los lujos, el poder, si acabamos poco a poco con todo lo que nos rodea? Tú no sabes el regalo que nos da la naturaleza. Nosotros no hemos ido mucho al campo, pero te aseguro que es solo cuestión de aprender a disfrutar de esa naturaleza sin tener que dañarla. Tenemos que ir y verás que bien os sentís. En medio de los árboles y con ese aire tan puro, uno recupera fuerzas. Es como si te cargaras de energías que te van a servir para estar más saludable y alegre. Aprendes a sentirte uno con ella. Y entonces te das cuenta de que cuando la dañas, te haces mal a ti mismo. Papá, no quiero que me dejes como herencia una gran fortuna. Lo que de verdad deseo es que me dejes un mundo limpio, en el que pueda vivir con salud y alegría. En el que dentro de muchos años, pueda comerme un tomate, y éste sepa a tomate. Pueda bañarme en el mar y lo único que sienta a mi alrededor sea el agua limpia y salada, y que ésta solo huela a mar. Que pueda ver a los pececillos nadando por las aguas de cualquier río, y escuchar el canto de las ranas. Que pueda ver las palomas y los gorriones en los jardines y alrededor de las iglesias, buscando las pequeñas migas que se le caigan a los chiquillos de sus bocadillos. Papá, si de verdad quieres dejarme un buen legado, déjame una naturaleza limpia. Ya sé que tus fábricas no son las únicas que perjudican el medioambiente, pero te aseguro, que aunque ahora no te lo creas, si das el paso, terminarás sintiéndote más tranquilo y feliz.-

El empresario no miraba a su hija. Se le veía reflexivo, y tampoco dijo nada.

-Papá, te quiero mucho-le dijo ella.

Luego le dio un abrazo y se fue, con la esperanza de que él recapacitara.

Capítulo 14

Al día siguiente, a pesar de ser domingo, el padre de Diana salió temprano. Pasó toda la mañana fuera, y regresó al medio día. Pero no vino solo...

Diana se encontraba en su cuarto. Se había puesto a estudiar para intentar no pensar más en la situación que se había planteado en casa. Su madre llamó a su puerta, y luego entró. Tenía una expresión de complacencia, y con una sonrisa le dijo que su padre había llegado y le pidió que bajara a saludarlo. Diana se preguntó porqué estaría su madre tan animada, pero no dijo nada y bajó en dirección al salón. Su padre se encontraba al pie de las escaleras.

-Diana, ahí hay alguien que quiere hablar contigo.- le dijo él- Yo voy a estar en mi despacho, por si quieres algo.- Luego se marchó.

La muchacha se quedó bastante sorprendida. Se dirigió bastante expectante al salón y entonces se quedó muda de asombro. Allí estaba Rodrigo. Él se acercó a ella sonriente y le dio un beso.

-Hola Diana-

-Pero, ¿qué haces tú aquí?- preguntó ella completamente asombrada.

Él la cogió de la mano y la llevó hasta el sofá, para que se sentasen.

-Esta mañana temprano, me llamaron desde la sede de la organización ecologista, para que fuera. Cuando llegué, me encontré con que tu padre estaba allí. Hablaba con algunos de mis compañeros, entre ellos, al que iba conmigo cuando tú y yo nos conocimos. Por lo visto había preguntado por mí. Estaban explicándole a tu padre las posibles soluciones para impedir que las fábricas siguieran contaminando. Tu padre escuchó muy atento, y parece ser que por fin, se está decidiendo a aplicar esas medidas. Es una buena noticia, ¿no te parece? El caso es que luego se ha dirigido a mí y me ha dicho que ya sabía que iba detrás de ti, que me iba a vigilar muy bien, y que si alguna vez te hacía el más mínimo de daño, me las iba a ver con él. Entonces yo he aprovechado para decirle que te quiero y que siempre voy a velar por tu felicidad, a lo que él me ha contestado, que eso esperaba. Luego me ha invitado a comer, para que le siguiera comentando un poco más acerca de esos proyectos. En fin, eso es resumidamente lo que ha ocurrido. -

Diana se sintió más dichosa que nunca. Su padre lo había hecho por ella... rápidamente se abrazó a Rodrigo y le dijo:

-Te quiero-

Luego se separó de él y continuó:

-Tengo que darle las gracias a mi padre-

El joven asintió sonriendo, y ella se fue corriendo al despacho de su padre. Cuando llegó, él aparentó estar ocupado viendo unos papeles. Ella se tiró a sus brazos.

-¡Gracias, papá! Este es el regalo más importante que has podido hacerme. Ya verás que no te arrepentirás. A cambio yo te voy a enseñar a apreciar y a amar la naturaleza, y los regalos que nos da.-

Su padre la abrazó emocionado. El amor de su hija había hecho posible ese cambio. Al igual que el amor de Rodrigo la había cambiado a ella.

¿Será que el Amor lo puede todo?

FIN



Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd):

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

Más obras de la autora en: <http://www.elenasantiago.info>